

## | La clase en pantuflas |

**Inés Dussel**

23 de abril de 2020

Acceso al conversatorio en video:

[clic aquí.](#)

Gracias y una alegría estar todos juntos. No va a ser un verdadero conversatorio pero ojalá podamos al menos hacer algunos intercambios. Primero, la historia del título. Conversando con colegas del ISEP (Paola y Adriana) sobre las nuevas condiciones de enseñanza y qué trabajar hoy con los docentes y como docentes, les dije que quizás había que colocar la pregunta sobre si se puede dar la clase en pantuflas. La pregunta tenía que ver con la duda sobre este derrumbe de la diferenciación de espacios que produce el confinamiento, cuando de repente la casa (y a veces la habitación) son multifunción. Pero enseguida me puse a pensar que la pregunta no es esa, porque ya estamos dando clase en pantuflas, es decir, que poder se puede: lo estamos haciendo. Lo que creo que hay que preguntarse es qué cambia en la clase cuando estamos en casa y los chicos en la suya, qué tipo de clase es esa, qué pasa con nuestras pedagogías, con nuestro trabajo docente cuando tenemos que lidiar cotidianamente con múltiples demandas domésticas y laborales, que ya eran un poco infinitas y se nos colaban por todas partes (preparar clases, corregir trabajos, reuniones extras) pero ahora se multiplican por mil. Entonces, la reflexión que quiero proponerles va por ese lado: qué se transforma de la clase en esta nueva situación, qué efectos produce. Quiero empezar con una breve descripción de cómo veo la situación a nivel educativo/escolar y seguir con algunas reflexiones más específicas sobre tres ejes: los tiempos y espacios de la escuela y el aula, sobre los contenidos y sobre el peso de las tecnologías en esta situación (la digitalización como destino único o como posibilidad entre otras). Lenin, el revolucionario ruso, decía que hay décadas en las que no pasa nada y semanas en las que pasan décadas. Bueno, estamos en las segundas, en las semanas en las que pasa de todo. Es claro que las medidas de distanciamiento social tienen un efecto

inmediato en la suspensión de clases y la virtualización de la educación, o a veces la suspensión casi total de la educación. Los números son muy grandes: en Argentina son más de 11 millones de alumnos secundarios, primarios y de nivel inicial, más 1.6 millones de universitarios, que no asisten a las aulas porque no pueden. En México son más de 37 millones de estudiantes. La transición fue bastante abrupta y las políticas varían. En general se está sosteniendo la importancia de mantener la escuela o la universidad “a distancia”, ya sea a través de plataformas digitales, programas televisivos o por medio materiales impresos. Para algunos, este escenario anticipa lo que será la educación del futuro, de aprendizajes ubicuos, sin espacios escolares específicos y sin tiempos programados (“justo-a-medida” del usuario). Se dice que el futuro es hoy, que hoy comienza el nuevo paradigma que demostrará que la escuela es una institución obsoleta y los maestros molestan en el acceso directo de niños y jóvenes al conocimiento. Pero están otros que tienen la visión opuesta. Para ellos este es un escenario distópico, parecido al sálvese quien pueda, que llevará a la pérdida de la dimensión pública y común de la escolarización y tendrá graves consecuencias en sociedades profundamente desiguales, porque unos acceden a plataformas y acompañamiento de primer nivel y otros tienen que arreglárselas con pocos impresos o charlas por WhatsApp (después voy a volver sobre esto). El contexto actual presenta una suerte de experimento a gran escala de estas hipótesis, en el que vemos que la enseñanza y el aprendizaje tienen que separarse de la co-presencia de los cuerpos y la ocupación de un lugar físico compartido, mientras las casas se transforman súbitamente en espacios de trabajo escolar, tanto para los docentes como para los alumnos. Me parece que este fenómeno es bastante distinto a cómo se lo imaginaban los que celebran la difusión de las tecnologías y el reemplazo de las escuelas. ¿Qué cambia con esto? Paso a los tres ejes. Un primer eje es el de los tiempos y espacios de la escuela. Cuando escribimos en el 2000 con Marcelo Caruso La invención del aula, decíamos que el aula es tanto un espacio material como una estructura comunicativa. Hablábamos entonces de cómo se van armando espacios definidos por cuatro paredes que ya no son una habitación de una catedral o un cuarto en la casa del maestro, sino que la escuela (no ya el aula) es un edificio separado, con sus tecnologías,

con sus ventanas, con sus patios. Y que junto con eso se arma una cierta coreografía, una disposición de los cuerpos, una regulación del habla como dice Foucault. Esto va cambiando históricamente -sin duda hoy la distribución de la palabra es muy distinta a lo que fue 40 años atrás en la dictadura, hay mucha más libertad para hablar e intercambiar entre los chicos, los maestros se desacartonaron, etc., pero digamos que es esta conjunción de espacio material y espacio comunicativo o de interacciones lo que define al aula. Hoy tenemos que sostener lo segundo sin tener lo primero, porque en muchos casos no hay siquiera un aula virtual, y de nuevo creo que podemos tomarlo como un buen experimento sobre qué produce la ausencia de escuela como espacio físico. Mi impresión de estas primeras semanas es que hay varios aspectos preocupantes, que quizás aprendamos a manejar mejor, pero creo que hablan de tensiones que hay que estudiar y mirar de cerca, que dicen mucho sobre lo que es y hace la escuela, lo que se hace en clase, lo que podemos y lo que no podemos/no hacemos los docentes. Por un lado, está algo obvio y bastante conocido por todos, que son las enormes desigualdades sociales respecto a la conectividad digital, la comodidad del espacio de trabajo, las posibilidades de las familias de sostener y acompañar los aprendizajes de los chicos. La desigualdad en el acceso es gravísima y quizás una de las mejores medidas en este momento sería dar conectividad gratis o barata a los sectores más excluidos (es más barato que darles una vivienda digna, aunque sería mejor lo segundo). Hay muchas casas en que con suerte hay un solo celular, no hay muchos datos disponibles, las familias no quieren usarlos para la escuela y por justas razones, porque viven al día y necesitan otras cosas. Hay que ver si no reeditar las computadoras de los planes CI o Sarmiento o el que sea, y sumar, sumar, sumar posibilidades de establecer y sostener conexiones parecidas al aula por todos los medios que podamos. Y ahí diría que esto no se resuelve solamente con distribuir impresos: los materiales impresos son importantes pero no reemplazan el encuentro pedagógico y también hace falta mejor organización logística para que esos materiales lleguen a quienes tienen que llegar, porque no siempre llegan y no por mala voluntad sino porque hay que dar viandas y repartir impresos y obviamente lo primero es más importante que lo segundo. Hay otro aspecto del que hablamos

menos, y que también se nota estos días, que es que la falta del aula produce una ausencia de otras voces infantiles para aprender juntos. Este último es un aspecto central (los constructivistas lo dicen desde hace mucho) y del que se habla poco. El hijo de una amiga que va a un segundo grado en una escuela privada porteña con mucha oferta pedagógica en estos días dijo: me siento muy observado con este sistema. Y es muy razonable lo que dice este chico. Es que toda la atención adulta (de maestros y padres) está puesta sobre los chicos. No tienen con quién repartir esa carga, no tienen cómo esconderse. Ahí volvemos a descubrir que, lejos de ser solamente la institución disciplinaria de castigo de los chicos, la escuela es también y quizás sobre todo un espacio de autonomía, de potencial emancipación, como dirían Rancière o Masschelein. Los maestros de estas escuelas dicen algo parecido: se sienten muy observados por los padres. De repente el espacio del aula, de la clase, se volvió muy público, y aunque creo que esto tiene una parte buena (hace rato que gente muy valiosa como Delia Lerner y Mirta Torres vienen diciendo que es necesario que la clase se convierta en un asunto público), hay otra parte complicada que es que para los maestros el interlocutor principal pasa a ser las familias (otros adultos) y no los chicos. No lo digo desde un lugar paidocéntrico ingenuo de que hay que poner en el centro al niño, sino más bien subrayando que esta nueva escena pedagógica virtualizada tiene mucho de panóptico, del todo visible, que lejos de convertirla en un asunto público la convierte en un juego de exigencias, de espejos, que desplazan que se está ahí para enseñar y aprender y no para desempeñarse exitosamente y pasar la evaluación del otro. Por supuesto, estamos hablando de escuelas y familias de clase media. En estos días hablé con algunos maestros que trabajan en escuelas públicas en barrios pobres y me cuentan lo contrario: hay mucha desvinculación, mucho desenganche, hay poca mirada de los docentes y hay poca mirada de los chicos. Este es un problema terrible, y la desigualdad vuelve a aparecer como tema central, se cruza en todas las reflexiones porque aparece muy palpable y muy visible en las historias que se van escuchando. Pero, además, me parece que la domesticación del espacio escolar es un problema en otro sentido. Valoro lo que Foucault aportó con "los espacios otros". En un texto que se llama así, "Los espacios otros", originalmente una conferencia pronunciada en

1967 en el Círculo de Estudios Arquitectónicos, Foucault hablaba del espacio como el gran lente para mirar la experiencia contemporánea y le interesaban esos “espacios otros”, que para él no son las utopías (espacios irreales) sino las heterotopías, emplazamientos reales que contestan o invierten los lugares habituales (internados o colegios, hotel de viajes de boda, servicio militar, cementerio, el cine, el jardín y la alfombra). Son espacios donde se juega la heterogeneidad, el pasaje, el umbral, que estamos viendo que son importantes para la formación intelectual, afectiva, política, y de paso digo que esto que se constata me parece que le da un golpe mortal a las teorías del aprendizaje ubicuo, de que se aprende en cualquier lado, que no importan los pasajes, las territorialidades, los encuadres, así sean digitales. Me parece que viene muy bien esa idea de Foucault de los “espacios otros” para pensar las escuelas como espacio donde se subvierten ciertas jerarquías -y se instalan otras, por supuesto y no lo niego-. Hoy vemos cómo la ausencia del espacio físico escolar hace visible que ahí en las escuelas y las aulas pasa otra cosa que la que pasa en la casa. Para pensar en esa otra cosa, en lo que generan las escuelas como espacios otros, también quiero traer en esto el trabajo que hicieron JanMasschelein y Maarten Simons al proponer la hipótesis de la escuela como suspensión, de la escuela relativamente suspendida de la vida cotidiana, como una condición para que pueda hacer un cierto tipo de trabajo, de estudio, de igualdad, de poder ser simplemente un alumno o un maestro. Un espacio suspendido que es además un espacio público, un espacio distinto al ámbito familiar y al barrio (también lo dijo, antes, Durkheim, pero con un sentido de socialización en una moral social aplastante y no como espacio de libertad y menos aún de igualdad). Podemos jugar un poco con esta idea de suspensión. Hoy tenemos una escuela suspendida, unas clases suspendidas y trasladadas a las casas, a las pantallas de las computadoras o los celulares, y en esta suspensión de clases paradójicamente a la escuela le cuesta mucho más operar como suspensión del afuera, porque tiene que meterse en las casas y confundirse con lo doméstico. Tal como yo lo veo, lo que viene pasando muestra que ese 'borramiento' de fronteras entre la escuela y la casa no es beneficioso ni para las escuelas ni para las familias ni para los chicos: las familias se ven obligadas a asumir tareas que pueden confundir y complicar los vínculos (lo

vemos todos los días en las peleas de los padres con los hijos para que hagan la tarea), y los chicos pierden la posibilidad de un tiempo autónomo y de construir redes de conocimiento y afectivas fuera de su núcleo familiar, ya sean maestros o compañeros, de manera sostenida. Tampoco es bueno para los maestros: dar clase en pantuflas para muchos (no para todos, vuelvo más abajo sobre eso, hay quienes desisten, tanto como hay chicos que desisten), reitero que dar clase en pantuflas implica a veces trabajar doce, quince horas por día, tener que explicitar todo, armar recorridos con soportes más desafiantes, sentirse siempre evaluado. Son tiempos extenuantes para quien se toma en serio el trabajo en estas condiciones. A esta altura me pueden argumentar, y con razón, que las redes digitales no son nada cerradas y que la domesticación para muchos es poder conectarse a redes de saberes que permiten, en principio, ampliar vínculos y saberes casi al infinito (eso dicen los celebratorios), pero del principio al hecho hay un largo trecho. La conexión con esas redes requiere varios presupuestos que, lo vemos muy claramente, no están dados, sino que se construyen con los recursos culturales que se tienen a mano. Pero además me parece que estamos viendo otra cosa de la conexión: no es lo mismo conectarse a ver un video de Youtube que conectarse a hacer una clase. Este es un tema crítico: el de la simultaneidad, el de la sincronidad del aula, un tema que tecnológicamente todavía no está bien resuelto, pero quizás nunca se va a poder resolver igual de bien que lo que pasa en el aula, que, vuelvo al principio, exige cierta simultaneidad de los cuerpos y los conocimientos. Pensemos algunos ejemplos que estamos viviendo estos días, o incluso este propio conversatorio que es muy poco conversado. Cualquiera que haya hecho alguna clase con un grupo grande en las plataformas que tenemos disponibles sabe que son mejores para dar conferencias o charlar con amigos y son peores para conversar en grupo, seguir hilos de pensamiento más singulares y disponerse a trabajar entre todos. Zoom (seguramente todos la conozcan, una plataforma privada de las que más creció en este tiempo, con problemas de datos y con acceso muy desigual -otra vez la desigualdad, les dije que vuelve a aparecer todo el tiempo) está habilitando el trabajo en pequeños grupos dentro de una misma llamada y quizás al final de estos meses, si seguimos encerrados, aprenderemos a



hacerlo mejor y a probar cómo funcionan. Pero el punto central es que aún cuando tengamos esa opción en la plataforma, necesitamos que haya maestros que se preocupen por generar y acompañar ciertos procesos de aprendizaje en sus alumnos, de manera colectiva pero también singular. Porque el aula se organiza pedagógicamente en torno a esta idea de un trabajo en común pero también para cada uno (omnes et singulatim, como decía Foucault del poder disciplinario). Me da la impresión de que para lograr eso de “simultáneamente para todos y para cada uno” hay todavía grandes ventajas en trabajar en un espacio físico donde nos vemos las caras, donde los maestros podemos seguir las miradas y cambiar de ritmo o de foco porque vemos señales, no siempre verbales, que nos indican que algo no está funcionando del todo bien y donde podemos concentrarnos en algún asunto sin tantas distracciones como en casa. Me parece que la clase es un espacio-tiempo multisensorial y las tecnologías privilegian, otra vez, lo escrito por sobre otras interacciones (y más aún si hay desigualdad en el acceso a datos). Si mando un video o una foto, si mando un audio, requiere otra capacidad; para las plataformas escolares esto está siendo muy difícil de resolver porque no hay ninguna que aguante tanto intercambio y mucho menos la sincronidad. Aún en las escuelas privadas caras se están haciendo turnos para encuentros. Pero el límite no es solamente el de la capacidad de las plataformas sino el de la atención, que es otro gran tema pedagógico. ¿Quién puede quedarse en una reunión por jitsi o hangouts tres horas seguidas, con tanta demanda incesante? Creo que este confinamiento hace visibles los problemas de la nueva economía de la atención (la atención como mercancía, como bien comercializable: venden segundos o minutos de nuestra atención en los avisos de internet) que todo el tiempo manda estímulos para capturarnos por un buen rato y que genera una atención flotante, siempre disponible para la nueva interrupción. Pensemos en los esfuerzos que hace la industria del videojuego (me refiero a los cientos de millones de dólares que gastan en producir VJ) para capturar la atención por un buen rato; y es exitosa a costa de ser una estructura muy atractiva, pero en general repetitiva, mecánica, que engancha afectos distintos (básicamente la competencia). A lo que voy es que, en esta nueva economía de la atención, es difícil concentrarse en algo. Y si en la escuela concentrarse

en el estudio ya era difícil, en el ámbito doméstico lo es mucho más. Lo vemos nosotros, en nuestro propio trabajo, cómo lo doméstico interrumpe casi todo el tiempo y más si tenemos familia y si estamos confinados con chicos chicos. Entonces, esos nuevos espacio-tiempos se muestran mucho más desafiantes y se muestran menos liberadores de lo que parecía en la crítica anti-escolar. Paso al segundo tema, que será un poco más corto: los contenidos de la escuela. ¿Cómo cambian los contenidos de la escuela con esta nueva situación? ¿De qué tenemos que dar clase hoy? Hay un debate entre los especialistas sobre si la escuela tiene que seguir enseñando el programa ya establecido (los continuistas) o si tiene que adaptar sus contenidos a lo que está sucediendo. Francesco Tonucci decía en una entrevista reciente en El País que habría que seguir la segunda línea: hacer de esta experiencia una oportunidad de aprender sobre el mundo, sobre la organización del trabajo doméstico, etc., pero no como lecciones sino como una transmisión que ocurre mientras cocinamos y limpiamos la casa o mientras escuchamos las noticias. Coincido con Tonucci en que podemos abrir muchos proyectos de conocimiento sobre esta crisis, que los saberes valiosos no se reducen al programa escolar y que algunas respuestas escolares no son muy favorables. Acá hay que mirar un poco más de cerca qué se está haciendo en este plano. Hubo una tendencia, sobre todo en las primeras semanas, de abarrotar, inundar con tareas para llenar el día a los chicos -y de paso, que no nos critiquen a los maestros por no trabajar-. Muchas tareas son muy largas, no están pensadas para la situación en la que están muchos chicos, tienen puntos de partida muy altos (requieren una reflexividad o una capacidad crítica que no muchos tienen disponible si no hay un andamiaje ahí cerca para que los ayuden a dar el salto). Quizás, como decía un diseñador de la Bauhaus hace 90 años, *lessis more, menos, es más*, y hoy lo repiten también muchos docentes. Por ahí hay que ir un poco más despacio, probar qué pueden y qué no pueden los chicos, dialogar más con lo que pueden hacer, ver cómo ayudarlos en eso. La clase no es repartir tareas y corregirlas, sino que es abrir ciertos proyectos de conocimiento entre todos, en grupo, y construir condiciones para que cada uno pueda ir apropiándose de esos lenguajes, esas formas de pensar que propone el currículum escolar, a su ritmo y con su propia



inflexión, su propio tono, énfasis, mirada. Me contaban hoy un caso de una maestra de primaria en el DE 20 en Buenos Aires que se dio cuenta que los chicos no estaban entendiendo un problema de matemática que les había mandado porque todos hacían el mismo error y entonces se puso a grabar un video con una cartulina atrás, como si fuera un pizarrón, para explicarles a los chicos lo que hubiera querido enseñarles; el video quedó muy pesado y no pudo subirlo al Padlet, que es la plataforma con la que trabajan en CABA, y entonces su hijo le recomendó armar un canal de Youtube y subió ahí el video. Creo que es un caso super interesante para ver que esa maestra entendió lo que es la clase: es alguna interacción que conversa, que dialoga, que va y viene. Y aunque en estas condiciones no podemos hacerlo sincrónicamente, podemos organizar alguna conversación. Lo que creo que estamos aprendiendo es que esta forma de dar clase en las plataformas es pesada en muchos sentidos; es lenta, es “poco económica” en el mejor de los sentidos: hay una economía de los encuentros, los cuerpos, las voces y las miradas que nos damos cuenta que es muy importante para la clase. Puede funcionar mejor en el nivel universitario y de posgrado, con sujetos ya escolarizados y con encuentros más esporádicos, pero es muy difícil de sostener cuando la demanda es encontrarse todos los días y empezar a apropiarse de algunos saberes que requieren acompañamiento cercano. Vuelvo a la cuestión de los contenidos. Entiendo y comparto lo que dice Tonucci sobre el valor de pasar esta experiencia como una experiencia pedagógica. Pero diría que también es bueno sostener algo de continuidad y disciplina en el estudio, tanto como se pueda y considerando los contextos que se tiene en cada casa o comunidad. Me parece que para muchos es bueno dedicarse un rato a estudiar algo que no tiene nada que ver con el coronavirus, hablar de otra cosa, y eso puede resultar un descanso, un tiempo libre, la posibilidad de pensar en un mañana o en un hoy no mediado por el miedo (ver el ejemplo de las escuelas hospitalarias). Me parece que hay que postergar la cuestión de la evaluación: no podemos calificar lo aprendido en un contexto que es tan difícil para todos, y sobre todo tan desigual para algunos (y, además, ¿qué vamos a calificar: apropiación de conocimientos o disponibilidad de internet y de apoyos escolares en casa?). Creo que este tiempo de pandemia no tiene que ser una experiencia expulsiva

sino de inclusión, de integración a un común, de pensar este tiempo entre todos, un tiempo de cuidado propio y cuidado comunitario, también de la cultura, y también de pensar y armar un mañana entre todos. Pensando en la cultura común, quiero defender el valor del currículum como documento público que organiza una cultura común (con todas las críticas que podemos hacerle). Sobre todo, creo que hay que promover una relación con ese documento no burocrática, de cumplir el programa a rajatabla y por cumplir, sino a partir de pensar cuáles son los "saberes mínimos necesarios en esta sociedad". Por supuesto, definir eso es un gran problema, pero más problema es dejarlo librado a lo que quiere y puede cada docente. Por eso no me lo saltaría alegremente, ni tomaría a la ligera los materiales que se mandan desde las jurisdicciones. Es importante en este contexto no ampliar las desigualdades: trabajemos con algún guión común, con algún horizonte de referencias y saberes comunes. Me gusta la noción de justicia curricular de Connell y que reelabora Flavia Terigi: tiene que ser un horizonte en la enseñanza y tiene que ser un horizonte en este momento en que las escuelas y universidades se están fragmentando en lo que cada docente puede y quiere hacer. Aplaudo algunas iniciativas para intentar regular mejor lo que se está haciendo, celebro la producción de materiales que les den apoyo a los maestros, de cursos o talleres, que hagan que el trabajo docente sea realmente más colectivo y más en común, precisamente para que no se produzca el escenario que describía al principio de fragmentación y de sálvese quien pueda, tanto para docentes como alumnos. Tercer y último punto, y este va a ser corto, sobre las tecnologías de la escuela. La escuela siempre se manejó con distintos soportes (pizarras, tablitas, cuadernos, pizarrones, pantallas) y fue adaptándose, mejor o peor, a los cambios tecnológicos. Me parece que el eje de las decisiones ahora es cuáles son los mejores soportes para estas condiciones pensando en cómo sostener "la clase en pantuflas", cómo garantizar el bienestar de los estudiantes, cómo atender la desigualdad de condiciones y cómo tener en el horizonte la justicia curricular. Creo que la escuela tiene que pensarse, siempre, en una combinación de soportes/medios, si quiere proponer espacios de encuentro para los chicos, encuentros que son con palabras, imágenes, conocimientos, voces y gestos de los cuerpos -aunque sea en las pantallas-.

Hay que ver cómo recrear algo de eso estos días. Me parece que no hay que aferrarse a un solo soporte, y hay que ver cuáles son los modos de recrear algo de lo común y algo de lo singular, hasta tanto podamos volver a encontrarnos en las escuelas. La sincronidad es un problema en las plataformas, pero ¿cómo generar espacios de encuentro considerando estos límites? Quizás algunos encuentros pueden darse en los grupos de whatsapp (está el problema de los alumnos menores de edad, y que no todos tienen celulares, pero pueden buscarse formas, horarios de la semana, aunque sean mínimos, pedir colaboración a mamás y papás). Y hay que buscar generar trabajos asincrónicos en donde se planteen algunas preguntas o propuestas, alguna vuelta al trabajo en pequeños grupos que obligue a comunicarse entre ellos de algún modo, para que se vaya armando algún diálogo y construcción colectiva, que puede ser por las redes sociales o los correos personales o de los padres, transmiedialmente, como se dice ahora. Me acuerdo de un ejemplo muy interesante de una maestra mexicana que quiso hacer un trabajo colaborativo entre una escuela privada de Ciudad de México y otra rural en Oaxaca y el día que tenían que conectarse se cayó internet, y ella desde Oaxaca decidió que los chicos se graben mensajes por el celular, que terminaron siendo videocartas (como las de Kiarostami y Victor Erice). Creo que es un buen ejemplo de que la conversación puede ser asincrónica, pero el punto es que quiera ser una conversación. Me parece que hay que poner por delante qué queremos hacer y tratar de buscar los mejores soportes para eso. E ir variando, ir buscando por dónde, combinar recursos, tomárselo como una oportunidad para aprender algo nuevo, algo que no sabíamos, que no nos imaginábamos como docentes. Para ir cerrando, dos o tres ideas de por dónde ir. Por ahora habrá que resignarnos a que seguiremos por unas semanas más, quizás unos meses más, dando clase en pantuflas. Además de organizarnos mejor y aprender a usar mejor los recursos disponibles, ¿qué podemos hacer? Primero, no desistir e intentar por todos los medios que los chicos no desistan. Contrariamente a lo que decían de que es más fácil aprender así, creo que estamos viendo que es más difícil, que lo que es más fácil es engancharse a YouTube o jugar videojuegos, pero que animarse a lecturas o a problemas más difíciles requieren otros andamiajes, otros apoyos, y que solos o sueltos cuesta

mucho más. ¿Cómo poner algo que contrapesese esa dificultad? Insisto en que hay que probar cuáles son las mejores formas de acercarse, de promover encuentros. Creo que ahí hay una demanda fuerte a la política pública de que dé mejores regulaciones, que oriente mejor, que ponga buenos programas en los canales de televisión o en la radio o en internet, donde se pueda, porque no todos tienen acceso a internet. Pero creo que la responsabilidad de cada docente es darse cuenta de cuáles son las condiciones y las escenas reales de trabajo de sus alumnos. No se puede lanzar un problema que los chicos son incapaces de resolver y no hacer nada más que devolverles una nota. No se puede, o más bien no se debe (y perdonen el deber ser, pero estamos en tiempos duros), largar a los chicos solos. Hay que ver dónde están, cómo están, cómo desde ahí construimos algo que les permita “alzarse sobre sus hombros” (Arendt) y llegar un poco más lejos. La metáfora del alzarse sobre sus hombros es buena porque nadie lo logra solo: necesita ayuda del afuera. Bueno, ahí tenemos que estar. Segundo, hay que tratar de tomar esta situación como una oportunidad para pensar en nuestras prácticas y aunque sea trillado creo que hay que encontrar qué se puede aprender en este contexto que nos diga algo para la escuela de pasado mañana. Hay muchas cuestiones que vienen de antes (lo de repartir tarea no es nuevo, lo de que los chicos no puedan, no sepan o no quieran hacerlo tampoco) y, por ahí, hay algunas nuevas que nos permiten entender otras cosas de nuestro propio trabajo. Por ejemplo, en relación a lo que pueden o no hacer los chicos, quizás nos estamos dando cuenta ahora que tampoco podían hacerlo antes y esta nueva situación sólo lo hace visible. Pero quizás también sean nuevas dificultades las que surjan ante el estar solos frente a la tarea sin poder usar otros apoyos, recursos, mirar lo que hacen los compañeros, tener un tiempo de espera, de ensayo, de conversación colectiva; por ahí todo eso que pasa como en sordina sea muy necesario para aprender (es una de mis hipótesis, pero habrá que verlo). O quizás la interacción en el aula está salpicada de muchos “puedo” y muchos “no puedo”, de ritmos e intensidades distintas, que se pierden cuando se reduce la escuela a un encuentro “pelado” con la tarea. Hablo de la tarea como si fuera una sola cosa, y es un gran límite, porque hay tareas mejores y tareas peores, hay tareas interesantes y tareas menos interesantes, hay tareas

que invitan a pensar, que tienen el grado justo de dificultad para ser desafiantes sin ser paralizantes, y todo eso es súper importante, y hay que ponerle mucha más cabeza a pensar las actividades que hoy mandamos por las plataformas o por WhatsApp. Pero también diría que la tarea es una situación de aprendizaje en el sentido fuerte de situación, de estar situado, en un sitio concreto, en un espacio físico y comunicativo, rodeado de personas y de objetos, y quizás esto pone de relieve algo que damos por sentado pero que es clave. Entonces: pensemos, documentemos, ensayemos hipótesis, probemos por otro lado. Hay una frase de Walter Benjamin que leí hace poco: “Marx dice que las revoluciones son las locomotoras de la historia. Pero tal vez las cosas sean diferentes. Quizá las revoluciones sean la forma en que la humanidad, que viaja en ese tren, acciona el freno de emergencia”. Lo que estamos viviendo es un momento rarísimo en la historia: una gran desaceleración. Es una situación muy especial, de esas que no se repiten, y puede ayudarnos a ver cosas que en el día a día se nos pierden, a ver qué queremos que siga como era y qué no queremos que siga como venía. Barajar y dar de nuevo, con las mismas cartas, pero capaz que se arma un juego nuevo. Tercero y último. Qué queremos que siga: si pienso en mi propia lista, quiero más escuela y no menos escuela, o, mejor dicho, quiero mejor escuela, y me parece que queda claro que la escuela cumple un montón de funciones más allá de transmitir contenidos (que podríamos sintetizar, injustamente, en el distribuir tareas). Hay que tratar de hacer escuela por otros medios, por los que tenemos hoy disponibles, y hay que insistir en que la clase sea, del modo que podamos, un espacio de conversación, de trabajo de lo común y de lo singular. Seguro que en las escuelas del futuro van a haber tecnologías digitales, en grados variables, y soy de las que defienden que se usen, que entren al currículum, que pensemos la cultura común en diálogo con las condiciones tecnológicas y mediáticas en las que vivimos. Pero en cualquier caso lo valioso va a ser que este espacio que llamamos escuela siga operando como alguna forma de encuentro que permita un cierto trabajo con el conocimiento que no es suelto, que no es para ganarle a nadie, sino que es para abrirse otros mundos propios y con otros. Así que diría eso: hay que hacer escuela en estas condiciones, hay que dar clase en pantuflas, hay que disponerse lo mejor que

podamos en este tiempo tan raro para dar lo mejor de nosotros, para que el día de pasado mañana, en julio, agosto o septiembre, quién sabe, volvamos a vernos las caras en el aula, volvamos a compartir risas y chistes, y los chicos sepan y nosotros sepamos que estos no fueron meses perdidos, sino que fue un tiempo excepcional en el que estuvimos dispuestos, contra viento y marea, que en nuestro caso se llaman virus y crisis, a seguir aprendiendo y construyendo algo juntos. Que sepan que ellos nos importan, que nosotros importamos, y que al final lo que tenemos es eso: el nosotros/es. Si aprenden eso, si aprendemos eso, vamos a estar bien.

## Sobre la evaluación

**¿Qué contenidos son virtualmente evaluables, cómo aprender en estos tiempos? ¿Cómo pensar en un sentido más amplio la evaluación y la acreditación? ¿Bajo qué criterios comunes y qué dimensiones serían primordiales?**

La evaluación no es la acreditación y, por ahí diría, podemos volver a esta idea de evaluación formativa que hablan los pedagogos. En el sentido de corregir, no las faltas de ortografía, sino conversar, decirte qué me pareció, tratar de ayudarte a que mejores eso que hiciste. Yo aquí trabajo con Emilia Ferrero, ella tiene un libro que realmente les recomiendo cuyo nombre me acabo de olvidar; es un libro en el que ella trabaja sobre las versiones de la escritura. Y nosotros cuando trabajamos en pedagogía de la imagen también trabajamos esta idea de versiones: hacemos un video y es la primera versión. Y después pensamos en una segunda versión y acostumbrarse a que uno siempre re-trabaja su escritura, re-trabaja sus pensamientos, nuestra enseñanza, nuestras prácticas, me parece que en ese sentido sí, hay que traer la evaluación. Pero yo diría que no me parece el momento de traer las notas y me parece más bien el momento en el cual el sistema educativo y la política pública tienen que tomar algunas decisiones respecto de cómo se hizo en Italia: se acredita o no se acredita, se considera si el ciclo escolar se extiende, se buscan modos específicos de acreditación, pero básicamente el criterio tiene que ser inclusivo y no exclusivo y pensar también todo esto que estamos aprendiendo.



## Sobre las subjetividades

**¿Cómo priorizar el aprender con otros frente a la preocupación por el medio? En otras palabras, ¿cómo recuperamos el espacio y el tiempo de la escuela?**

Yo diría, bueno, un poco lo que ya señalé, como me parece a mí, que creo que es tratar de sostener la clase ¿no? Cuando digo la clase es ese este momento de aprender colectivamente, de alguna forma de colectivo, si no hay WhatsApp, el grupo de Facebook; si no hay correo electrónico, hay que buscar cómo, les mando un vídeo a todos y que cada uno empiece a mandar un videíto de cómo están, que cuenten cómo están, de nuevo podemos volver a esa área de conversación asincrónica. Creo que hay que ser creativos y que seguramente a muchos se les van a ocurrir muchas ideas mejores que a mí, pero lo que vengo escuchando es que hay muy lindas experiencias y muy buenas experiencias de muchos maestros que están trabajando en condiciones muy difíciles de poca conectividad, incluso de pocos celulares, o con pocos datos para tratar de sostener algo de ese espacio-tiempo. Vuelvo a esta idea: hay un espacio-tiempo físico, pero sobre todo hay un espacio y tiempo comunicativo que tenemos que armar, organizar un cierto encuadre, no repartir tareas a todos sino bueno cuál es algún momento de lo común ¿no? Y yo diría: por ejemplo, empezar a armar propuestas de trabajo en grupos, que los obligan a comunicarse, cada uno desde su casa. No estoy diciendo para nada que nadie va a romper el confinamiento hasta que no esté autorizado sino más bien que se pueden hacer muchas más cosas de las que estamos haciendo ¿no? Yo entiendo que salimos como pudimos y salimos con lo mejor que pudimos. Creo que también vamos aprendiendo, pudiendo pensar qué cosas puedo ir señalando. Entonces, vuelvo a esta idea de trabajo en pequeños grupos, armar proyectos de conocimiento, quizás también es un muy buen momento para preguntarles de qué quieren trabajar en este contexto, qué les gustaría en este contexto a investigar. Creo que ahí sobre todo los que están más desenganchados con la escuela, quizás empezando desde ahí logremos ir un

poco más lejos, no digo que sea fácil, pero creo que se puede intentar el vínculo familia-escuela, familia-estudiantes.

**¿Qué pasa con las familias que transformaron sus cocinas en aulas y con un tramado de acompañamiento y red de trabajo? ¿Cómo abordar la relación familia y escuela? Alguna sugerencia para incluir a las familias en las tareas de los niños.**

Me contaban que hay algunos materiales, por ejemplo, lo que está haciendo provincia de Buenos Aires en primaria con Mirta Torres, que están pensando algo de esto; entonces, por ejemplo, las consignas tienen una interlocución con mamás, papás, hermanos mayores ¿no? Bueno, que les lean las consignas a los chicos dos o tres veces, cómo incluirlos en eso, cómo hacerles llegar sin necesidad de una explicitación demasiado pesada que tampoco van a entender. Me parece que sí se los puede empezar a incluir. No desde el lugar de control, sino desde el lugar de acompañamiento, de apoyo, quizás hay que pensar más materiales, no sé si hay que convertir todo en materiales ¿no? Si no, bueno, orientaciones, pautas sencillas, claras. Sé que también se están grabando vídeos y grabado de audio por WhatsApp. Creo que esas cosas están funcionando bien. Quizás, lo que necesitamos es empezar a compartir más qué se está haciendo. Hay que funcionar bien en qué contextos, pero por de pronto diría una cosa que tenemos que reconocer y es que los chicos están en contextos determinados y muchos están en contextos muy difíciles y bueno tiene que cuidar sus hermanitos, están además atravesados en este momento por una crisis económica, por situaciones muy complicadas. Entonces, hay que tener todo eso en cuenta, me parece que no hay que convertirse en un problema más, al revés, bueno: ¿cómo los ayudamos a apoyarse en esas situaciones quizás para construir más? Pensaba también que los chicos puedan grabar vídeos, va a haber que usar mucho más la oralidad. sacando fotos, mandando fotos de lo que hacen, seguro que ya lo están haciendo, pero digo se puede hacer mucho más.

## **Preocupación por la emocionalidad de los chicos y los docentes y por la aparente grieta entre padres y docentes: ¿qué hacer y cómo sobrellevarlo?**

Me parece a mí que hay que escucharse. La emocionalidad es un punto. Es un tema importante en todo este contexto; hay mucha ansiedad, a veces hay mucha angustia, hay mucho miedo y con razón, por supuesto, hay situaciones con familias que la están pasando realmente muy mal ya sea por enfermedad, por condiciones de extrema pobreza, por mucha incertidumbre, por situaciones afectivas que ya no estaban bien y el confinamiento las pone mucho peor. Entonces también creo que hay que tener un grado importante de flexibilidad, de comprensión, de paciencia, lo llamaría de amorosidad... no sé cómo llamarlo, no quiero sonar new-age pero sí de más amor, de más empatía, de más comprensión, de que hay muchos que la están pasando mal y que hay que tratar de apoyarlos, quizás hay que ponerse menos en el lugar de la exigencia de un lado y del otro y más en el lugar de cómo nos acompañamos en esta situación. Me parece que, si todos bajamos un poco los decibeles de la ansiedad y también, si al principio salimos un poco maníacamente “hagamos, hagamos, hagamos” y bueno ahora calmémonos, dónde estamos, qué podemos hacer. Este es un año rarísimo, no hay ninguna duda, va a ser un año excepcional en todo el mundo, un año excepcional y también hay muchas cosas interesantes porque se ve mucha solidaridad, se ven muchas cosas interesantes y también muchas cosas muy complicadas. Bueno, cuando veamos solo lo complicado tratemos de ver también lo bueno para no hundirnos en el pozo y también creo que allí, con los padres, capaz que hay que empezar este tipo de conversaciones respecto a cómo nos calmamos, cómo trabajamos conjuntamente. Ellos la tienen difícil, nosotros también, no sé, me parece que hay que buscar y por ahí también se necesitan más orientaciones de los cuerpos directivos, de las jurisdicciones.

## **¿Cómo hacer con los chicos que no tienen el acompañamiento de los padres?**

Obviamente es un gran problema. Ahí es importante cómo armar estos otros apoyos de otros chicos obviamente, estar más ahí, quizás hay que seguir algunos más que otros, hay algunos que andan solos, que tienen condiciones más privilegiadas y hay otros que necesitan el triple. Habrá que ver cómo hacemos y ser conscientes de eso.

**En nivel inicial, ¿es posible la clase en pantuflas con chicos tan pequeños?**

Ahí yo no soy especialista, pero yo diría que sí, quizás hay que buscar formas de juego de nuevo, hay que buscar formas de encuentro. En algunas escuelas los encuentros que se hacen son básicamente para ver cómo están para que hablen de cómo están y bueno mandar algunos juegos, mandar unas lecturas del nivel Inicial. Me parece que eso también sirve. Quizás decir: “Esta semana veamos tal programa de televisión. Mándenme un videíto de qué vieron, cómo lo vieron” y alguna pauta, no solamente qué vieron sino qué nos interesa que vean, por qué ese vídeo, hay que pensar qué actividades son posibles de hacer, de nuevo hay que pensar en múltiples soportes y creo que hay que tratar de que todos puedan acceder a los soportes sobre todo en ciertos contextos, no darlo por sentado. Me parece ahí que sí podemos apoyarnos más en la televisión de lo que hacemos.

**El lugar de los docentes en esta pandemia, ¿cómo leer el lugar político en el que estamos parados? Me preocupa más cómo poner en evidencia la política pedagógica en que nos paramos.**

Esta es una gran pregunta. Yo diría que nuestro lugar político, nuestra responsabilidad política, es enseñar a todos, es construir ese para todos y para cada uno, es darle el espacio y apoyar a que cada uno se pueda hacer sobre sus hombros, es construir algo común, es construir algo público. Me parece que ahí hay algunos aspectos en los que nuestro lugar es muy claro y, justo hablaba con algunas colegas que trabajan en temas de educación para la salud, y qué importante es hoy trabajar el tema de las informaciones falsas, de las fakenews. Cómo tratar de construir mejores criterios, por ahí son temas en

los que yo creo que también hay una responsabilidad política, ética, humana, con respecto a que la gente realmente adopte, las familias adopten prácticas de cuidado. No cualquier práctica que “porque escuché por ahí el rumor”, o lo que fuera, pero sí me parece que nuestra responsabilidad política es educar en el sentido más grande de los términos, es construir una cultura común, es tratar de cuidar la vida, es tratar de cuidar la construcción de un futuro en común, de una educación más igualitaria, más libre, más emancipadora. Para mí también hay un punto, digamos, de lo emancipatorio, de la escuela como un espacio de emancipación, que los chicos tengan un espacio para decir lo que piensan, por ahí a puertas cerradas respecto a sus papás, tratar de que tengan algo de autonomía, algo de privacidad con el cuidado que corresponda, por supuesto, pero creo que sí, que la escuela les da... vuelvo a esta idea: “estoy siendo demasiado observado”. Hay un poco de eso y me parece que hay que volver a ese lugar de la escuela como un espacio también de autonomía para los chicos respecto a las familias. Ese es también un lugar político en el cual ellos pueden construir otras relaciones, otras posiciones, posiciones más autónomas, posiciones más libres respecto a ciertos mandatos familiares.

Aquí yo terminé las preguntas que me mandaron pero no sé si hay más, ya me dirán las chicas. Estoy leyendo. Me encantaría poder hablar más con ustedes y ojalá que podemos ir construyendo eso. Estoy leyendo “político no partidario”, estoy de acuerdo, exactamente, me parece que hay un sentido de la política, de la polis, de lo público y de las relaciones políticas, las relaciones de poder me parece que hay ahí.

Yo sigo mucho la línea Foucaultiana, Rancieriana, por supuesto que los maestros y las escuelas tienen una relación de poder y hay que ser muy conscientes de esa relación de poder democrático, emancipatorio en todo lo que podamos, no digo que sea fácil pero creo que hay que intentarlo, hay que dejar lugar para el pensamiento, hay que dejar lugar para la libertad, por eso digo que también estaría muy bueno que abramos las opciones con los chicos, que abramos conversaciones, dónde están, cómo la están pasando, qué quieren leer. De nuevo vuelvo a la idea del currículum, no digo que lo

abandonemos, pero frente a esta “tareítis” un amigo colega que dice “tareiTics”, tarea con Tics, por ahí bajar un poco y tratar de tener opciones un poco más abiertas respecto de darles un lugar más libre a los chicos, en un contexto que también es muy angustiante para ellos, es muy angustiante para nosotros y para ellos. Entonces eso es lo que hay que aprender a sostenernos. Y vuelvo a esta idea de, al final, yo me quedo con ese ejemplo tan lindo de esa maestra que se pone a grabar un video como puede, con la cartulina, bueno estos chicos saben que a la maestra les importa. Les importa lo que a ellos les pase. Me parece que ese es un gesto político fundamental: “a mí sí me importa lo que te pasa, no desisto de enseñarte”.

### **¿Qué opino sobre este año? ¿Tendríamos que promover al siguiente u otro nivel sin haber enseñado los contenidos previstos?**

No sé, y sería de la idea de que sí promovamos este año, que demos una versión acotada y que quizá el año que viene hacerlo más intensivo, me parece de nuevo que vamos a haber aprendido muchas cosas y que, si podemos reinventar algo de lo que hacemos, de lo que somos es ya un logro enorme. Si podemos terminar este año sin que se nos caigan los chicos, sin que se nos caigan los maestros, sin que nosotros sucumbamos... ya es un logro enorme, que vamos a haber aprendido mucho; me parece que la escuela no es una máquina de acreditación, la escuela es un espacio formativo, es un espacio pedagógico, de encuentro, de construcción de lo común. Lo común se construye de muchas maneras, me parece que hay que separarse de esa preocupación tan fuerte de la acreditación y la promoción y concentrémonos más en qué enseñamos, qué estamos produciendo acá, qué común estamos construyendo. Qué les estamos enseñando a los chicos con cómo nos paramos, cómo los miramos, metafóricamente.

### **La última pregunta, bueno dos: ¿Cuál es la diferencia entre la antigua y la nueva economía de la atención?**

No sé si hay una antigua economía de la atención, pero lo que llaman la nueva economía de la atención tiene que ver con esto de la atención que se



mercantilizó. Se volvió una mercancía que se vende. Quizás en la época pre televisiva, estos hablan mucho del cambio que implicó la televisión, la televisión implicó que el tiempo de anuncios es precisamente el tiempo de una atención que se captura y que se vende y entonces uno mira los anuncios, las publicidades y la atención ahí se mercantiliza. Pensemos en lo que son hoy las redes sociales que están llenas de anuncios y que nos quieren vender, mostrar, y que vayamos a tal sitio. Esta es la economía de la atención.

La anterior era una economía en la cual la atención no estaba mercantilizada, pensemos en lo que era un maestro en 1880 que daba clases y le prestaban atención, o un cura, distintos momentos en donde no había esa idea de capturo todos los segundos de tu atención para hacer plata con eso. Esa es la nueva economía de la atención, esto de hacer plata y que se volvió cada vez mayor, lo llaman economía atencional, cómo estamos todo el tiempo siendo sobreestimulados para capturar nuestra atención y que compremos más cosas, miremos más cosas. Entonces ahí el atender se vuelve mucho más complicado.

La última pregunta es una pregunta vinculada a una idea de Masschelein y Simmons, sobre la escuela como suspensión y la escuela que propone profanar la cultura, ellos hablan esta idea de que "la escuela tiene que proponer un trabajo con el conocimiento que se anime a cuestionarlo. En ese sentido: profanarlo, volverlo profano, volverlo cuestionable, horizontalizar, poner algo sobre la mesa, acercarlo y, al mismo tiempo, convertirlo en objeto de estudio. Yo creo que se sostiene perfectamente, no veo que las condiciones socio-técnicas necesariamente cambien esa profanación, me parece que hay otras discusiones que otro día podemos dar respecto a esta cuestión, pero yo diría que el punto ahí central es tratar de concentrarnos en algunas formas de trabajo pedagógicas que promuevan un tipo de trabajo con el conocimiento que apunte a más complejidad, que apunte a subir un escalón, si podías acá bueno, un poquito más, que apunten a poder tomar distancia de ciertas cosas, poder criticarlas, aprender otros lenguajes, aprender otras perspectivas. Si se da ese trabajo en conjunto con otros chicos es muy bueno porque precisamente ahí

vamos aprendiendo cómo lo ven los otros, como lo veo yo y también es muy importante que ahí estamos los maestros, las maestras, dando algunas pautas de “esto lo podemos entender mejor si lo vinculamos a estos lenguajes, estos conceptos, estas formas de pensar la cultura”.

Aquí vamos terminando, quiero agradecerles un montón, todo esto se grabó así que después voy a leer todas las intervenciones que hicieron, ojalá que sirvan para seguir pensando juntos. Mi invitación es a que piensen, que documenten mucho lo que está pasando, no en el sentido de evaluación docente ni mucho menos, documenten, piensen lo que están haciendo, reflexionen sobre qué me funcionó, qué no me funcionó, necesitamos armar redes mucho más amplias y cuando no las hay, hay que crearlas. Volvemos más activistas en este contexto, conversar a distintos niveles, con colegas de otras escuelas, de otros niveles, con las autoridades, con los institutos, con las universidades, con gente de otros países. Se aprende mucho y aprendemos mucho. Es un momento muy especial en la humanidad, ojalá que aprendamos mejores, que aprendamos más, que salgamos mejores. Yo tengo ese optimismo y me parece que hay algunas razones para ser optimista, hay mucha solidaridad, hay mucho compromiso, tenemos que apoyarnos en eso.